

«Todavía nos quedan hombres y medios para continuar la guerra; una pequeña parte de nuestras fuerzas bastó para tomar las ciudades del Danubio y por poco conquistamos toda la Italia. Podemos presentar en batalla 300,000 jinetes, y estos no son gente cualquiera y novel, sino que todos son yutungos tan célebres por su heroísmo. Nuestros escudos tienen tamaño doble de los que usan otras tropas montadas, y nos reimos de vuestros mejores soldados.» Luego recordaron los eminentes servicios que antes de esta guerra habían prestado a los romanos con su valor heroico, excusando al fin su invasión con la necesidad de buscar alimento; cosa muy creíble, puesto que aumentando en número no producían nada cuando no tenían muchos esclavos que tampoco sabían ni dirigir ni aprovechar bien.

El emperador les contestó recordándoles la destrucción de los 300,000 godos que después de su furiosa embestida habían pagado en breve su loca temeridad. Luego les hizo ver que habiéndoles cortado la retirada a su país se hallaban a la merced de Roma y tenían que aceptar cualesquiera condiciones que a esta le pluguiera imponerles. En su consecuencia no se les concedieron ni los subsidios ni los pactos de nación convenida que habían solicitado, pero sí el libre regreso a su país bajo condiciones que no sabemos. Es muy probable que una invasión de vándalos y otra de alamanos y tribus vecinas de marcomanos en Italia determinasen al emperador a hacer esta paz, para tener las manos libres contra los nuevos enemigos que creía ya en marcha hacia Roma; pero tuvo antes que rechazar otras tribus que habían penetrado dentro del cordón militar fronterizo que cubría el Danubio y a los cuales mató muchas «decenas de millares;» de donde podemos inferir a qué grado había llegado el aumento de población en todos los pueblos bárbaros.

En aquella época, es decir, antes que el emperador se dirigiera al Oriente, alcanzó sus notables victorias sobre otras tribus germanas que amenazaban la Italia, a saber: los yutungos, marcomanos, vándalos y otros.

Los yutungos eran un grupo particular de alamanos, establecidos entonces en la cuenca del Danubio superior y medio cerca de la Retia, a la cual no cesaron de molestar con sus correrías de pillaje. Corrió Aureliano a Italia y no queriendo ó no pudiendo embestir de frente a las tribus germánicas que habían penetrado por la Nórica, siguióles por retaguardia hasta Milan y aun hasta Piacenza. Todo lo asolaron a su paso; y cuando el emperador los alcanzó, salieron a la entrada de la noche de un bosque donde habían estado ocultos y cayeron súbitamente sobre el ejército de tal suerte que, dice Aurelio Víctor: «por poco no queda allí el imperio romano destruido.» El día anterior les había enviado el emperador un mensajero para intimarles la rendición; pero ellos le habían contestado que no reconocían amo ninguno, y que muy pronto vería que se las había con guerreros independientes.

Roma estaba consternada, y temía ver realizada esta vez la invasión que Galieno a duras penas había logrado rechazar. El terror era tan grande que en 10 de enero de 271 se consultaron los libros sibílicos que contestaron que se habían de enterrar en ciertos sitios ofrendas de sacrificios sagrados sobre los cuales no podrían pasar los bárbaros.

En la segunda batalla que se libró vencieron los romanos y se atribuyó su milagrosa victoria a apariciones espantosas y señales sobrenaturales con que los dioses habían consternado a los bárbaros. Es posible que se diese esta batalla cerca de Piacenza; pero algunos germanos habían penetrado mucho más lejos, porque el emperador los derrotó también a orillas del Metaro ó Metro en la Umbria y cerca de Fano, donde se ha encontrado una inscripción conmemorativa de esta victoria.

Aureliano, hombre tan activo y enérgico como perito, echó impaciente al senado en cara sus continuas consultas de los dioses, sacrificios, ofrendas y consiguientes vacilaciones, diciendo: «No parece sino que tenéis vuestras sesiones en una casa de oraciones de los cristianos y no en el templo de todos los dioses.» Esto que tan monstruoso parecía entonces a Aureliano, fué una verdad dos generaciones después.

El enemigo fué rechazado también esta vez y arrojado del suelo de Italia después de otra derrota en el llano de Pavia, probablemente estando ya de retirada. Este nuevo terror germánico originó la construcción en torno de Roma de la importante muralla llamada aureliana, que todavía en las guerras góticas del siglo VI se conservaba en perfecto estado. Aureliano reforzó las fortificaciones de Roma existentes en su tiempo, es decir en el año 271, y las aumentó con estas nuevas murallas que concluyó el emperador Probo.

Como un autor habla también de que Aureliano derrotó en una gran batalla a los vándalos cuyos ofrecimientos de paz no quiso admitir después, es probable que el pueblo que le detuvo al querer atacar a los alamanos en Italia, fuese el mismo vándalo porque esta batalla debió de ocurrir también en el año 271. Dice el autor que a solicitud de su ejército, entró el emperador en nuevas negociaciones con los vencidos que enviaron en seguida sus reyes y caudillos con rehenes distinguidos, a saber: los dos reyes, que serían los jefes de las dos ramas del pueblo vándalo, la asdinga y la silinga, sus hijos y las personas más inmediatas a estos reyes en categoría. Hecho esto, se pactó la paz y el consiguiente convenio de auxilio armado, según el cual habían de contribuir los vándalos al ejército romano con 2,000 jinetes, y de estos se elegirían los más distinguidos que servirían con el carácter de aliados, sirviendo el resto a sueldo como simples mercenarios voluntarios. En cambio concedió Aureliano a los vándalos no solamente la libre retirada a su país, sino también el permiso, que tanto deseaban desde el tiempo de Marco Aurelio, de traficar libremente con las ciudades del Danubio, y naturalmente el de pasar por la ancha zona militar de la frontera avanzada. Roma no había permitido nunca a los bárbaros atravesar esta zona, a fin de impedir que valiéndose del permiso, espíaran las ocasiones favorables a sus correrías de pillaje; pero por otra parte ellos tenían grandísimo empeño en alcanzar semejante permiso para cambiar su ganado y el dinero procedente de los subsidios del gobierno romano por los productos de los países civilizados, y quizá por armas si no estaba prohibido vendérselas a ellos. Además de estas condiciones les prometió el emperador subsidios en cereales que subirían por el Danubio; de suerte que tampoco estos germanos lograban producir en su propio suelo la cantidad de cereales que exigían las necesidades de su creciente y numerosa población.

En su retirada se separó del grueso de la hueste una banda de unos quinientos hombres para entregarse al robo y al saqueo, asolando el país por donde pasaban, matando, robando, incendiando con tanta mayor facilidad cuanto que la población, enterada del convenio, no les oponía obstáculos. De este modo causaron en todas partes daños incalculables, hasta que fueron alcanzados por el grueso de su gente y degollados todos. Su caudillo recibió la muerte de manos de su rey que le mató atravesándole con su venablo. Esto da idea de la autoridad que para castigar ejercía el rey, caudillo principal siquiera durante las expediciones, cuando uno de sus individuos exponía por su indisciplina a todos a la justa venganza de los romanos.

No quiso marchar Aureliano a Oriente a atacar a la reina Zenobia de Palmira (272) sin haber antes pacificado por

algun tiempo los países que bañaba el Danubio, a cuyo fin persiguió y derrotó a varios enjambres de godos y sármatas en la provincia ilírica y en Tracia, y pasando a su país al otro lado del Danubio mató a un caudillo de los primeros llamado Canaba ó Canabanda y 5,000 de su gente, con cuyo motivo adoptó el sobrenombre de Germánico Máximo.

Todas estas victorias retrajeron tan poco a los bárbaros de nuevas incursiones, que a la vuelta de Aureliano del Asia en 273 tuvo que rechazar otra vez las huestes de los carpos, en recompensa de lo cual le concedió el senado el sobrenombre de Cárptico que no aceptó por parecerle insignificante y ridículo, prefiriendo el de Gótico como más glorioso.

Tuvo Aureliano la satisfacción de que el usurpador de la Galia, Tétrico, se le sometiera libre y voluntariamente a principios del año 274. En el momento en que los dos ejércitos se hallaban frente a frente en los campos de Chalons salió Tétrico de las filas de los suyos y pasó a las del emperador legítimo, el cual desde entonces dueño ya de todas las provincias del imperio, arrojó seguidamente al otro lado del Rhin a las tribus germánicas que habían penetrado en la Galia. Estas se componían principalmente de francos, contra los cuales Probo, el futuro emperador, combatió en aquella época por orden de Aureliano, derrotándolos en sus «inmensos pantanos» del Bajo Rhin. Los alamanos fueron rechazados del Rhin superior; de modo que los germanos citados por los autores separadamente como pueblo distinto debían de ser las tribus establecidas cerca del curso medio del mismo río; y así se explica porqué Vopisco nombra entre los pueblos que figuraron en el triunfo de Aureliano, además de los del Oriente con Zenobia, los godos, sármatas, alanos (quizás alamanos), roxolanos, francos, suevos, vándalos y además los germanos. En este triunfo del año 274 fué cuando el emperador se presentó en su carró triunfal tirado por cuatro ciervos quitados a un caudillo godo, conforme ya dijimos en la historia de los pueblos germánicos y romanos.

Muy justo era pues que se concediera, por tantos y tan gloriosos hechos, a Aureliano el título honorífico de Restaurador del Orbe (romano): *restitutor orbis*.

Ya sabemos que las tribus góticas hacían sus grandes expediciones llevando consigo todo lo que poseían y en primer lugar sus familias, luego sus ganados y esclavos; por cuya razón no es de extrañar que entre tantas mujeres se encontrasen muchas vestidas de hombre entre los individuos muertos ó cautivos, de las cuales figuraron diez en la procesion triunfal de Aureliano, y en el letrero que se llevaba delante de este grupo se hacía saber al asombrado pueblo romano, que estas cautivas pertenecían al pueblo de «las Amazonas.» También Jordanis hace proceder a las Amazonas del pueblo que llama de los getas.

Después de celebrado el triunfo, el emperador pasando por la Galia se dirigió a la provincia vindeliciana que se hallaba rodeada de bárbaros que serían germanos y quizás alamanos. En esta campaña se dice que alcanzó una gran victoria sobre los bárbaros cerca de Vindonisa Constancio Cloro, el padre de Constantino.

De allí pasó Aureliano a la provincia ilírica para preparar una nueva campaña contra los persas; y una vez instalado en su cuartel general, hubo de convencerse de que las masas siempre crecientes de bárbaros que se acumulaban delante de cada obstáculo mas y mas hasta que con irresistible empuje lo derribaban, hacían imposible la conservación de la Dacia. Decidió pues, aunque con amargo pesar, abandonar esta gloriosa adquisición de Trajano; y cómo no hacerlo hallándose situado este territorio en la orilla izquierda del Danubio, cuando la misma orilla derecha, la provincia

ilírica y la Mesia estaban devastadas y arruinadas a consecuencia de las incesantes guerras encaminadas a sostener las conquistas del otro lado, es decir la provincia dacica? Con esta medida creyó sin duda que podría cubrir mejor la frontera antigua, el Danubio, y repoblar las devastadas campiñas de las citadas dos provincias con los súbditos romanos que se llevaría de la Dacia para no dejarlos a la merced de los germanos. Muchos se quedaron sin embargo en aquel país y de ellos desciende el actual pueblo rumano. Los que prefirieron marcharse se establecieron en el centro de la Mesia que desde entonces cambió su nombre por el de Dacia Ripense ó Ribereña, mientras la otra parte mas meridional se llamó Dacia Interior (Dacia mediterránea).

Esta medida necesaria fué el primer paso de retirada el principio del fin, en la historia del imperio. Era la renuncia al sistema defensivo por medio del ataque; era el abandono de la zona militar, del glacis de Roma por aquel lado; mientras los distritos militares avanzados de la frontera del Rhin se conservaron cerca de un siglo mas. En tiempo de Odoacro, dos siglos después, cuando el último emperador de Occidente había bajado del trono de los césares, abandonáronse también las comarcas ribereñas de la orilla derecha del Danubio.

Al tomar semejante resolución debió tener Aureliano motivos poderosos, atendidos su preclaro talento, pericia y valor; pero mirada desde nuestro punto de vista, nosotros que somos mejor la extensión del mal que se acumulaba, pugnando para romper los obstáculos que se oponían al derrame de pueblos que se renovaban sin cesar y se empujaban hambrientos unos a otros, comprendemos que tal resolución debía tener por resultado necesario la aproximación del peligro al corazón del imperio. Para salvar el poder romano no quedaban mas que tres remedios, todos de imposible aplicación: el exterminio total de las hordas germánicas; empujar tan innumerables masas hasta hacerlas retroceder otra vez al Asia; ó impedir su aumento. No pudiendo hacer esto todas las victorias mas gloriosas de las legiones; todos los sacrificios del imperio, todas las matanzas eran golpes en el aire contra la irresistible fuerza de este fenómeno de la naturaleza: la irrupción y derrame de los bárbaros del Asia en Europa.

En el año 275 fué asesinado Aureliano y proclamado en su lugar Cayo Marco Claudio Tácito, biznieto del célebre historiador, que reinó desde el 25 de setiembre del citado año hasta el mes de abril del siguiente. Una nube de escitas (quizás godos ó herulos), procedentes del mar de Azof, cruzó el Mar Negro, desembarcó en la Cólquide y llegó hasta la Cilicia sembrando los acostumbrados horrores por donde pasaba. Daban los escitas como pretexto de su invasión esta vez que Aureliano los había contratado contra los persas; pero el nuevo emperador los destrozó, y dejando a su hermano Flaviano el encargo de exterminarlos del todo, partió para la Italia, y murió por el camino, probablemente asesinado también. Su hermano, a fin de acudir al Oriente y Egipto, donde las legiones habían proclamado emperador a Probo, hubo de dejar escapar a su país el resto de los escitas, a quienes tenía ya encerrados en el Bósforo, y murió en el camino en el mes de julio de 276.

Marco Aurelio Probo nació cerca de Sirmio en la provincia ilírica; se había distinguido ya en la guerra contra los cuados en tiempo de Valeriano; luego reinando Aureliano en Egipto; después contra los francos, a los cuales arrojó de sus pantanos en los Países Bajos, y por último contra los alamanos y germanos, a quienes rechazó lejos del Rhin superior.

Apenas habían muerto Postumo y Aureliano, cuando los germanos volvieron a inundar con sus masas ambas Galias tomando y ocupando hasta ciudades importantes. Allí fué



Probo sin tardanza luego que se vió reconocido legalmente como emperador, para combatir á aquellas masas compuestas de francos, alamanos y yutungas, y sin duda alcanzó grandísimas ventajas en la frontera del Rhin y Tierra del Diezmo ó zona militar avanzada. Esta campaña debió tener efecto en el año 277, pues que su competidor Floriano fué asesinado en julio de 276. Presentóse el emperador en la Galia con fuerzas tan respetables, que bastó su presencia para que los germanos cesaran en sus audaces correrías, y evacuasen sin esperar al enemigo las poblaciones que tenían ocupadas, retirándose á toda prisa para poner á salvo el fruto de sus rapiñas; pero Probo logró alcanzarlos en territorio de la Galia y arrebatárselos la mayor parte del botín. Luego pasó el río, limpió los territorios fronterizos, en especial la Tierra del Diezmo, y persiguió á los bárbaros hasta mas allá del Nekar y los montes de Suabia, montes que desde Tolomeo mencionan en esta ocasion por primera vez los autores. En seguida reforzó la línea militar con nuevos castillos que construyó en frente de las ciudades y plazas romanas, para que sirviesen de puestos avanzados, y dotó á sus guarniciones con tierras de labor, casas, graneros y subsidios de cereales y otros víveres que habian de entregarles los colonos de la Tierra del Diezmo, y quizás tambien algunas poblaciones germánicas próximas por via de tributo. Algunos fuertes debió de construir tambien en el mismo territorio de estos últimos fuera de la zona militar, como lo atestiguan sus restos aun hoy existentes. Con esto, es decir con la expulsion de los bárbaros, la construcción de fuertes y sobre todo el aprovisionamiento ordenado y asegurado de las guarniciones, hizo mas en un año apenas, es decir en 277, que lo que habian realizado desde mucho tiempo sus predecesores. Hacer mas era imposible en tan corto espacio que de ningun modo podía llegar á año y medio, de suerte que si bien pudo formar el proyecto de establecer otra nueva zona militar con su cordon de obras defensivas mas allá del primero, es de todo punto increíble que lo hiciera; y los pretendidos restos de esta segunda línea parecen en efecto ser una ilusión.

Durante estas obras y organizaciones en la zona militar y la Tierra del Diezmo seguian las escaramuzas fronterizas que con semejantes vecinos no podian suspenderse nunca; pero no hubo expediciones mayores, como lo prueba la disposición del emperador de pagar una moneda de oro á todo individuo que le llevase una cabeza de germano, como medida perenne á fin de ahuyentar á los germanos del cordon y zona defensiva.

A consecuencia de este sistema presentáronse nueve jefes de las comarcas fronterizas, que serian alamanos, porque setenta años despues existía todavía un número mucho mayor de estos jefes parciales entre aquellos germanos. Prostráronse delante del emperador solicitando la paz y la admision en calidad de pueblo convenido ó confederado; y como esto entraba cabalmente en las miras del emperador que no deseaba otra cosa que formar una zona avanzada de pueblos dependientes del imperio para la defensa de la frontera del Rhin y del Mosa, como Marco Aurelio habia logrado formarla por algun tiempo por medio de los marcomanos, cuados y yazigios en el Danubio, exigióles como preliminares la presentacion de rehenes, y entonces pactó con ellos la paz y alianza. Con arreglo á este pacto se obligaron á devolver todo lo que ellos y sus súbditos habian robado y á castigar á los individuos que retuviesen ú ocultasen algo; á no echar mano á las armas sin el consentimiento del gobierno romano, y en caso de verse atacados por otros bárbaros, á solicitar y aguardar la intervencion romana; cosa que los mismos romanos reconocian ser una condicion imposible de cumplir al pié de la letra, á no ser que toda

la Germania se sometiese, como lo habian pensado conseguir los varones de la familia de Julio César. De esto han querido sacar algunos que Probo realmente extendió su frontera militar mas allá de los pueblos germánicos!

Obligáronse tambien á pagar tributo en cereales, vacas y carneros, que debian entregar á las guarniciones fronterizas para proveer á su manutencion en los casos en que el aprovisionamiento regular sufriese alguna interrupcion. De esta condicion se desprende en primer lugar que los germanos cultivaban ya la tierra entre el Rhin, el Mein, el Nekar y el Danubio; y en segundo lugar cuán decaidas debian de estar la agricultura y la produccion en el ámbito del imperio, que comprendia los países mas feraces del mundo entonces conocido, cuando las remesas de cereales y de ganado de los germanos pesaban ya en la balanza de la economía política de Roma.

Además de todos estos impuestos hubieron de obligarse los bárbaros, como era costumbre en todos estos pactos, á dar al ejército romano un contingente armado, fijado en este caso en 16,000 individuos, que Probo con su fino talento distribuyó en varias provincias, no pasando de 50 á 60 el número que incorporó en cada destacamento de los fronterizos, «porque, dijo, no conviene que se vea que Roma se sirve del auxilio de bárbaros; basta con que se sienta.»

No siguieron sus sucesores este sabio principio, ni podian á causa de la creciente insuficiencia de fuerzas puramente romanas para la defensa de tan dilatadísimo imperio, y tambien del continuo y aterrador aumento de las fuerzas bárbaras, como puede inferirse del hecho de que solo las tribus de nueve reyes ó jefes de alamanos y quizás tambien yutungos, podian dar á Roma un contingente de 16,000 hombres jóvenes, lo cual hace suponer un número considerable de poblacion libre, sin contar los esclavos.

La carta en que el emperador participa al senado los resultados de su campaña en la frontera rhiniana no parece auténtica, sino mas bien composicion de Vopisco, el panegirista del emperador; mas si lo fuese se explicaria el lenguaje entusiasta que este autor usa en el capítulo 14 de su obra; donde entre otras cosas dice lo siguiente: «La Germania en toda su extension está sometida» (*subacta est omnis qua tenditur late Germania*). Esta expresion, sin embargo, indudablemente se refiere solo á las dos provincias romanas llamadas Germania Alta y Baja, que por lo visto se habian perdido y entonces reconquistado. Además las frases: «Todos los bárbaros aran, siembran y pelean por vosotros contra los pueblos del interior», aluden evidentemente á los bárbaros establecidos en la Tierra del Diezmo y á las tribus de alamanos próximas; porque de aplicarlas á todos los germanos no habrian quedado ya enemigos con quienes pelear. Despues enumera la carta las otras ventajas obtenidas: 400,000 enemigos muertos, 16,000 hombres de contingente armado, 70 (en lugar de 60) ciudades libertadas del enemigo, la recuperacion del botín en la retirada de los bárbaros y del mucho mas considerable que tenian ya en sus casas. Tambien dice que el emperador habia pensado nombrar otra vez un gobernador general de la Germania (romana), pero que prefirió despues aguardar hasta que la divina providencia hubiese auxiliado mejor todavía las armas romanas; deseo que desgraciadamente para estas jamás se cumplió.

Esta campaña ocurrió entre los años 276 y 278.

Despues de disponer lo que hemos visto en la Germania romana Alta, á orillas del Nekar y en los Montes de Suabia, dirigióse el emperador á la provincia ilírica pasando por la Retia, donde se detuvo lo bastante para asegurar la paz y alejar todo peligro de este territorio, amenazado tambien por las mismas tribus alamanas. Llegado que hubo á la Iliria, no la de hoy sino toda la provincia de este nombre,

obligó á los sármatas y otras tribus «casi sin combate» á restituir tambien todo el botín que habian reunido, y hecho esto logró la sumision de varios pueblos getas, es decir godos, de la Tracia y el convenio de alianza con los demás con el renombre de las victorias alcanzadas y el consiguiente temor de nuevas y duras derrotas, que les hizo sufrir posteriormente, pues que una moneda de este emperador las conmemora.

En la misma época, antes de reducir á los sármatas y tribus getas á la obediencia, guerreo el emperador contra «otras tribus», segun dice Vopisco, tribus que segun Zósimo expresa en su obra eran los logiones, borgoñones y vándalos, mientras sus generales combatian y vencian á los francos; pero es imposible fijar las épocas y lugares donde ocurrieron estos sucesos, porque en las copias conservadas de la obra de Zósimo se han omitido los nombres mas bárbaros y entre otros el del río donde hubo una accion principal. Solo puede inferirse de las palabras: «Despues que hubo vencido á estos junto al Rhin...» que las demás batallas y encuentros estarian lejos de allí hácia Oriente. Así no se sabe dónde entonces se hallaban los borgoñones ni los logiones que deben de ser los lugios y ligios de Tácito. Los tres pueblos que al parecer eran vecinos uno del otro se hallarian probablemente establecidos entonces entre el Oder y el Vistula, los vándalos al Norte, los borgoñones al Mediodía y los lugios entre ambos, porque el emperador mismo los venció en persona sucesivamente. Como sabemos positivamente que entonces, en el año 280, vivian los vándalos en la cuenca danubiana, deberemos tambien colocar allí á los borgoñones y lugios con tanta mas razon cuanto que el emperador hizo muchas y brillantes campañas en la provincia ilírica; pero el autor vuelve al final á hablar del Rhin, de suerte que es mas natural admitir como muchos hacen que los borgoñones se hallaban entonces establecidos junto al río Mein y que extendieron hasta allí sus correrías bandas de vándalos y de lugios. Zósimo dice que Probo tuvo primero luchas y batallas muy reñidas y grandes con «otro pueblo germánico, los lugios», á quienes venció é hizo prisionero á su rey Semno (nombre que hace pensar en los senones) y á su hijo, y que habiéndose estos sometido formalmente, les dejó marchar otra vez con los suyos despues de convenir en ciertas condiciones, una de las cuales era la restitucion de los prisioneros y botín que tenian hechos. Despues sus generales derrotaron á los francos en una batalla decisiva, y finalmente se dirigió el emperador contra los borgoñones y vándalos; pero conociendo su gran superioridad numérica trató de dividirlos para vencerlos unos tras otros, como efectivamente lo hizo, por la casualidad de que ambas huestes se hallaban separadas por un río. Los romanos excitaron á la mas próxima al combate, y efectivamente pasaron el río los grupos que pudieron y fueron muertos ó hechos prisioneros, visto lo cual por los restantes, solicitaron la paz, que el emperador les concedió con las condiciones que por sistema ya imponia á todos los bárbaros vencidos. Estos eludieron despues su cumplimiento, y Probo los alcanzó destrozándolos por completo y apoderándose de paso de su caudillo Igilo juntamente con muchos otros prisioneros á quienes mandó á Inglaterra, donde posteriormente le prestaron valiosos servicios contra los sublevados del país.

De la Tracia marchó Probo al Oriente y de allí volvió á la Tracia donde contentó á los pueblos bárbaros concediéndoles lo que se habrian visto obligados por su creciente número á tomar luego á la fuerza, es decir, tierras donde vivir. Así estableció un grandísimo número en varias provincias, entre otros 100,000 bastarnos, pueblo escita segun Zósimo, en la Tracia, donde al parecer cumplieron lealmente las obligaciones contraídas y se romanizaron con el tiempo.

po completamente. No hicieron lo mismo los grupos godos, gépidos, greutungos (ostrogodos) y vándalos, á quienes igualmente concedió tierras, y que cuando el emperador estaba luchando con pretendientes á la púrpura, hicieron sus acostumbradas correrías terrestres y marítimas llevando la desolacion y descrédito de Roma á casi todo el territorio del imperio. A estos les escarmentó Probo tan eficazmente, que muy pocos pudieron alabarse de haber escapado de sus manos y regresado á su país. Entre estos revoltosos escapados á las armas romanas contábase tambien los francos, que despues de una atrevidísima excursion pirática que habian extendido hasta la Sicilia, Grecia, Africa y Asia, saqueando hasta la ciudad de Siracusa, habian sido vencidos y establecidos á orillas del Mar Negro, donde en lugar de guardar y defender el país contra las otras tribus vecinas, se apoderaron de gran número de buques, y prácticos como eran, devastaron todas las costas asiáticas, griegas y africanas. Rechazados de Cartago, hubieron de salvarse á bordo de sus naves y pasaron á Sicilia donde sorprendieron y saquearon Siracusa; luego dieron la vuelta á la península ibérica y llegaron finalmente á las embocaduras del Rhin, su país.

Celebró Probo en el año 279 ó en 281 el primer quinquenio de su reinado con una entrada triunfal con motivo de sus victorias sobre los germanos y los blemios, pueblo africano, en cuya aparatosa procesion figuraron 500 prisioneros de cada pueblo vencido, y además sirvieron muchos germanos de gladiadores en las funciones del circo.

Entre tanto se habian levantado dos pretendientes al trono del imperio, Próculo en la Galia cerca de Colonia y Bonoso en la Retia, que por lo pronto solo pretendian ser emperadores parciales de sus respectivos países, el primero incluyendo la España y la Bretaña. Este era oriundo de los Alpes Marítimos y Bonoso hijo de padre español y de madre gala, pero habia nacido en Inglaterra. Próculo pudo rechazar á los alamanos que, dice Vopisco, se designaban entonces todavía con el nombre de germanos, limitándose á hacerles la guerra en pequeña escala; conducta muy diferente de la política romana agresiva y conquistadora de antes.

La observacion de Vopisco respecto del nombre de germanos que entonces se aplicaba todavía á los alamanos, nos da una idea del cambio lento de los nombres colectivos de los pueblos bárbaros y de sus agrupaciones nuevas. Así es que algunos autores griegos, entre ellos Procopio, y otros latinos, llamaban aun á los francos germanos, y vice-versa francos á todos los germanos establecidos en territorio galo, excepto cuando conviene distinguir bien cada raza ó grupo, como por ejemplo en el pasaje importante de Procopio, IV, 20, y II, 12.

Probo no tardó en acudir y arrojó al pretendiente Próculo de comarca en comarca hasta el último confin de la Galia, es decir hasta el mar, donde el rebelde se lisonjeó de encontrar partido y auxilio entre los francos de los cuales pretendia descender; pero aquella gente acostumbrada á faltar á sus compromisos riendo, le vendió; y así fué vencido y muerto.

El otro usurpador, Bonoso, no tuvo mejor suerte, porque los germanos á quienes llamó por auxiliares imitaron á los francos, prefiriendo cumplir los convenios que habian hecho con Probo. Vencido en la batalla, dióse él mismo la muerte. A este no habia impulsado la ambicion á la rebeledia sino el temor del castigo por no haber velado por la seguridad de la navegacion en el Rhin, donde los germanos habian sorprendido y quemado góndolas romanas de recreo. Su viuda Hunila fué tratada por el emperador con todos los honores debidos á su clase y dotada por él mismo con una